
LA FE EN SÍ MISMO

[SELECCIÓN DE FRAGMENTOS (*)]

Es bueno fijarse primero en las secciones establecidas por Légaut, así como leer los epígrafes que sintetizan el hilo de su discurso:

I. Los bienes que el hombre puede desear sin haber profundizado suficientemente en lo humano decepcionan una vez utilizados.– Estos bienes, cuando el hombre no los trasciende, lo distraen de sí mismo; en tal caso, el hombre, más que gobernar su vida, la padece.– El deseo de alcanzarse a sí mismo surge en el hombre, sobre todo, cuando se ve amenazado en lo esencial.– La búsqueda de la presencia a sí mismo tiene una importancia capital para el devenir del hombre.

II. El amor y la paternidad son bienes que pertenecen a un orden aparte, incluso si, como los demás, se desean para ser poseídos.– Situación del hombre ante un amor imposible a un nivel propiamente humano.– Situación del hombre ante el fracaso del amor y de la paternidad.– En vez de conducir al hombre al descubrimiento de su realidad íntima, estas crisis pueden ser ocasión de ruina para él. – El hombre puede descubrirse a sí mismo a través de un sobresalto vital cuando su fin se acerca.

III. En las crisis fundamentales, la desesperación amenaza al hombre suficientemente lúcido.– El fatalismo.– Combates del hombre consigo mismo con objeto de afirmarse más allá de cuanto vive.

IV. La Fe en sí mismo.– La fe en sí mismo no es confianza en uno mismo.– La fe en sí mismo no es consecuencia de la adhesión a un sistema de pensamiento.– Fe en sí mismo y carencia de ser.– La carencia de ser no es la pobreza.

En la Sección primera, Légaut considera al hombre en su más primaria situación de búsqueda: la de los bienes necesarios para la vida en

(*) Esta selección se compone de un breve resumen, hecho por Domingo Melero, y de una selección de fragmentos del capítulo 1 de *El hombre en busca de su humanidad*. Se ha procurado aligerar el texto de elementos igual de interesantes pero que podían distraer, en una primera lectura, del hilo expositivo principal. Por eso esta selección no supe al texto completo sino que pretende ayudar a entrar mejor en él.

el nivel de los sentidos, la ciencia y la técnica. Ante ellos, ya es necesaria una primera *distancia* para desidentificarse de lo inmediato y contingente, alcanzarse en lo que permanece y no ser sólo un «ser vivido» sino un «ser viviente» que gobierna su vida y no sólo la padece. Para esta trascendencia primera (condición de su libertad de ser), una *presencia a sí mismo* y una búsqueda interior inicial son necesarias.

La segunda Sección da un paso más y habla de los «*bienes propiamente humanos*», que son de otro orden. También en ellos interviene el deseo. El fin también es la posesión, pero el hombre experimenta una imposibilidad y diferencia de raíz: los bienes propiamente humanos «no están a disposición del hombre aunque tenga la voluntad de conseguirlos y disponga de los medios con que responder a ellos»; tarde o temprano dependen tanto de la libertad de otro como de una capacidad de creación y de una interioridad en uno mismo (para estar a la altura de ellos) que no siempre se da, que hasta ahora le era desconocida y que lo abre a un orden de realidad (no de objetos y de cosas sino de personas, con su misterio) que es diferente.

Entre estos bienes hay que destacar especialmente el amor y la paternidad, arraigados en las profundidades del instinto pero tendiendo, ya desde sus comienzos, a elevarse por encima de él. El amor y la paternidad, lejos de aislar, acaparar o fascinar por la materialidad de su objeto igual que los otros bienes, *abren al hombre a la presencia de los miembros de su familia y le exigen que responda a ellos según unas perspectivas de suyo ilimitadas*. En general, así son todos los bienes (una idea directa y exacta, una belleza pura, una armonía) que solicitan lo más íntimo y mejor del hombre y lo conducen a la admiración o a la creación. Más que ninguna otra cosa, estos bienes (...) le dan [no sólo] la posibilidad de explicitar lo que se oculta en él (y que así él puede hacer suyo) sino también la de *encontrar su propio camino y ocupar un lugar junto a algunos seres que le hace ser insustituible no tanto por lo que hace cuanto por lo que es*, lo cual contribuye de forma extraordinaria al desarrollo de su humanidad (HBH, págs. 19-20).

Con el transcurso del tiempo, sin embargo, estos bienes propiamente humanos, por razón de pertenecer a dos planos de realidad, son ocasión no sólo de que el hombre conozca un crecimiento armónico y sereno sino de que el hombre conozca diferentes situaciones de prueba, incertidumbre, crisis, desequilibrio, desánimo, tentación, límite, fracaso o imposibilidad. Estas situaciones son, con todo, fruto de la *grandeza* de lo humano, en la que no hay cimas si no hay valles. Por eso son, sobre todo, ocasión de crecimiento; cosa que el juicio puramente moral o ideológico no sabe destacar ni tiene la paciencia de esperar. Légaut, en cambio, puede escribir, por ejemplo, sobre la «situación del hombre ante un amor imposible a un nivel propiamente humano» o sobre la «situación del hombre ante el fracaso del amor y de la paternidad», y usa las formas del futuro de un modo que suena a ser verdad, y no a ser una simple construcción y una quimera, gracias a una especie de “autoridad moral” que se adivina entrelíneas y que proviene de su posición de testigo como autor; es decir, que proviene del hecho de ser un mayor que, por haber reflexionado lo suyo, sabe de lo que habla:

Corresponde a la *grandeza* del hombre y es conforme a las más elevadas *exigencias de su naturaleza* –exigencias que le resultan, sin embargo, paradójicas– verse obligado a vivir en condiciones psicológicamente insostenibles y, no obstante, *sentirse llamado* a mantenerse en ellas para no perder, de forma inapelable, el sentido de sus días. Acontece lo dicho, especialmente, en *ciertas situaciones conyugales o familiares*, en las épocas de crisis, y a veces para siempre.

En estas circunstancias, a causa de las exigencias de su humanidad referidas a aquellos seres que están bajo su responsabilidad aunque se sienta en absoluta impotencia para hacer nada por ellos en la práctica, el hombre se ve privado para siempre de lo que le parece rigurosamente vital para él. Por eso, siente que el destino lo aplasta bajo el peso de una carga intolerable y el porvenir se cierra sobre él como la losa de un sepulcro.

Sin embargo, tan pronto como su conciencia despierta, por poco que sea, de su pesadilla y se escapa de su prisión, no puede ignorar

que, a pesar de todo, aún le queda la *porción esencial* de su humanidad. Esta porción esencial, cuando él la capta en su realidad, lo mantiene en pie entre los escombros de su vida y lo hace *invulnerable* aunque a su alrededor no haya más que ruinas. Aún lo ignora, pero ella será el agente que lo enderece después de las épocas de abatimiento en las que sólo vivía porque había que vivir... Andando el tiempo, esta porción le devolverá el *gusto de vivir*, si no el gozo. Ella borrará de su memoria el recuerdo de los aniquilamientos del pasado, que se esfumarán como si nunca hubieran existido. De esta forma, el hombre *toca y siente sus fundamentos*, enterrados en la solidez de sus profundidades originarias. Asume así plenamente su situación, la lleva dentro, la trasciende y, por eso mismo, se halla en el camino de su realización; un día conocerá el gozo de ser (HBH, pág. 24).

A través de desarrollos parecidos, Légaut llega a narrar, en dos epígrafes de casi al final («*combates del hombre consigo mismo con objeto de afirmarse más allá de cuanto vive*» y «*la fe en sí mismo*»), cómo llega el hombre a la afirmación de sí mismo que es la fe:

El *hombre de valor*, para huir del vértigo (...) durante las crisis en las que se juega su destino, se esfuerza por superar –ya que no puede eliminarla– la incompatibilidad radical que lo desgarra (...) *dividido como está entre lo que su humanidad reclama aparentemente y lo que, al mismo tiempo, le exige de la forma más auténtica; y también entre lo que desea actualmente con todas sus fuerzas y lo que él debe ser por fidelidad a lo mejor de sí mismo. Así, el hombre tiende a separar lo que es y lo que vive*. Intenta prescindir de lo que lo empuja o lo abate, para no ser más que lo que quiere ser en una consistencia sin fisura, y emerger así del tiempo y situarse en una indefectible permanencia.

De este modo, todo su intento es desprenderse de lo contingente que tiende a devorarlo, captarse a sí mismo, penetrar en su propia autonomía, conquistar su libertad. Se esfuerza en hacerse presente a sí mismo en su propia soledad, por encima de todos sus deseos humanamente imposibles o de sus reacciones humanamente inadmisibles (...). En estos momentos de extrema tensión, el hombre se ve forzado a reconocer su incapacidad de ser lo que

quisiera ser; su incapacidad de ser lo que está llamado a ser si no renuncia a ser.

Esta impotencia de naturaleza y esta voluntad fundamental (...), cuando el hombre las capta en su simplicidad y vigor originales, suscitan en él una expectación ciega e indefinible, incomprensible pero irreprimible (...). Esta expectación es tan fundamental que, cuando el hombre la niega bajo el peso de la unanimidad de las evidencias y bajo el yugo de los apremios que le vienen de todas partes, utiliza necesariamente contra ella una violencia que no proviene sino de ella.

(...) ¿comprenderá el hombre que “existe” a pesar de su incapacidad para imaginar el significado de esta afirmación frente a lo impensable? *El hombre no puede “no ser”. Todo lo más, puede vivir “como si no fuera”*. Un sobresalto de este tipo, a pesar de lo que implica de inverosímil e incluso de inconcebible, ¿surgirá de él bajo el efecto de una necesidad tan singular que, si la asimilara a las demás, la blasfemaría y desvirtuaría, no sin secreta conciencia de hacerlo?

Negarse a dar este paso en el vacío no es sólo negar el origen y la calidad única de esta necesidad sino también contradecirse fundamentalmente. No hay duda de que es una contradicción afirmarse “nube sin consistencia” (...) y emitir esta pretensión con la seguridad propia de quien sabe y es. *Se escoge suscribir esta contradicción con el fin de eludir la afirmación contraria*, planteada por la realidad fundamental del hombre a pesar de todo lo que la niega (...); [esta afirmación de su ser es una] opción realizada en la *noche, inerme* ante todo lo que se le opone, pero poderosamente viva y radicalmente necesaria; opción que, más allá de todo saber y representación, se propone con urgencia decisiva cuando el hombre se ve confrontado, con realismo, al absurdo y al sin sentido (...).

(...) Por más quimérica que parezca esta afirmación, singular entre todas, esta exigencia ineludible de *tener fe en su ser*, ¿se impondrá al hombre? ¿Responderá el hombre a ella con una adhesión totalmente primera? Esta adhesión, que se inscribe en un *orden distinto* del de todas sus restantes afirmaciones, rechaza cualquier componenda o mitigación. No brota solamente de su inteligencia ni de su sensibi-

lidad, a las que utiliza y rebasa. *Se arraiga en él. Forma un solo cuerpo con él. Se desposa con su propio misterio. Esta adhesión es él mismo.*

Llamamos fe en sí mismo a esta afirmación del hombre acerca de él mismo. Ella es la piedra angular de su humanidad. Sin la fe en sí mismo, el hombre no puede *emerger* de su vida ni superar los bienes que, aun siéndole necesarios, son efímeros y a la postre ajenos. Sin ella, el hombre se confunde y se desvanece, junto con todo lo que pasa y desaparece, al ignorar lo que él es verdaderamente. Se desvirtúa a sí mismo al rechazarse.

(...) La fe en sí mismo del hombre no se funda en nada contingente. Con toda la fuerza del término, es *adhesión total del hombre a sí mismo cuando se confronta consigo mismo*, cuando es pura y solamente conciencia que se concentra en sí, reflexiona sobre sí y se comprende. El hombre se capta, en la medida en que es capaz de hacerlo, mediante este *movimiento esencialmente simple*. Tal movimiento, por su parte, no está al alcance en cualquier momento o estado interior. De ordinario, no se nos da cuando empezamos a caminar por la vida. Es el fruto largamente madurado de la fidelidad a lo mejor de sí en todos los comportamientos exteriores e interiores, en todas las decisiones cruciales que se imponen desde dentro o desde fuera (...).

La fe en sí mismo es la afirmación incondicional, absolutamente diferente de cualquier otra, establecida por el hombre adulto, del valor original de su propia realidad considerada en sí misma, independientemente de la consideración de su pasado y de su porvenir. *No tiene más contenido intelectual que esta afirmación desnuda.*

La fe en sí mismo no procede necesariamente de la intelección que el hombre alcanza de su vida, ni del juicio que ésta le merece; antes al contrario, los precede y contribuye a su formación sin imponerlos. Una visión así, de conjunto, puede contribuir a confortar esta fe pero no a hacerla nacer. Más bien es esa visión la que necesita el asentimiento del hombre a los primeros tanteos de dicha fe (...) para poder superar, si mira al pasado, el estadio de un simple catálogo de recuerdos unidos entre sí por la memoria pero, de alguna forma, despersonalizados.

El nacimiento de la fe en sí mismo *es primero*, (...) trasciende todo aquello que, de cerca o de lejos, pudo prepararlo oscuramente. La

necesidad y la cualidad singulares de esta fe se manifiestan de forma simultánea y abrupta. A menudo, este nacimiento acontece cuando el hombre topa con su propia *grandeza*, con ocasión de algún deseo imposible, que le parece absolutamente esencial, o cuando se ve ante el riesgo de perder pie en una situación sin salida, en la que rechaza renegar de las exigencias que surgen de su integridad humana, y en la que aparta a un lado la facilidad de abandonarse a lo que ya no sería más que irrisoria realización o derrota que coronaría el hundimiento de su humanidad.

Demasiado raramente, siendo así que podría ser realidad en todos, esta fe es también el fruto precioso que el hombre cosecha cuando se ha *tomado la vida en serio* y ha sabido corresponder a ella sin dejarse arrastrar por los *determinismos sociológicos*, gracias a su íntima concentración y a su integridad espiritual.

Opción vital, esta fe es inseparable de la *singularidad* incomunicable de cada ser humano. Cuando se piensa en esta fe como si fuera de otro y no como propia, se desvanece en fórmulas abstractas. Además, tal como sucede con todo lo esencial en el hombre, pretender dar cuenta de ella a otro es ocasión, a menudo, de que resulte sospechosa o de desvirtuarla. Para que un intento así no resulte frustrante tanto para quien lo emprende como para quien asiste a él, es preciso que ambos, paralela y simultáneamente, tomen conciencia dentro de sí de esa fe y se adhieran a ella personalmente, cada cual en particular (HBH, págs. 28-33).

Tras haber narrado cómo surge la fe en sí mismo (y haberla definido de paso), Légaut cierra el capítulo estableciendo, por si no ha quedado claro qué es esa fe, dos cosas que *no* es. En primer lugar, no es «confianza en uno mismo» pues la fe en sí mismo, pese a ser primera, *no es un comienzo* sino que es un término. En segundo lugar, la fe en sí mismo *no es consecuencia* tampoco de una adhesión a una afirmación doctrinal (abstracta y de tipo general) sobre el hombre. Sin embargo, volviendo a una caracterización afirmativa, la fe en sí mismo sí que es directamente proporcional a la «carencia de ser» pues: «*Gracias a la fe en sí mismo, ninguna autodefensa puede oscurecer la lucidez del hombre*» (HBH, pág. 34). Y concluye Légaut:

Por su misma naturaleza, la carencia de ser está por encima de la pobreza del tener de la misma forma que la fe en sí mismo trasciende la confianza en uno mismo. No obstante, una cierta pobreza, querida o aceptada, guarda relación con una aproximación intuitiva a la carencia de ser (...) (HBH, pág. 36).

* * *

Légaut termina este capítulo de “obertura” con el tema que fue ocasión de que empezase a escribir este texto. En efecto, una charla sobre *fe y pobreza*, junto con algunos ensayos recogidos en *Trabajo de la fe*, fueron la *prehistoria* (*) de este capítulo en que Légaut dibuja la fe con unos rasgos que luego le servirán cuando hable de la fe conyugal y de la fe paterna. La fe en sí mismo del cónyuge, y la del padre y la madre, irán de par con la fe en el otro, de la pareja, y en el hijo.

El proceso de creación de Légaut confirma el *pensamiento* de Pascal:

Lo último que encontramos, cuando hacemos una obra, es saber qué es lo que hay que poner primero.

En efecto, lo último en el orden de la invención pasa a ser lo primero en el orden de la exposición. La invención ha durado lo que la reflexión de muchos años. Cuando Légaut encuentra «la fe en sí mismo», sabe que ha encontrado el arranque de su libro porque ella es justo «la piedra angular» de la humanidad de cada uno. Una sentencia de Aristóteles dice como Pascal:

En todas las cosas, lo principal y por eso también *lo más difícil* es – como afirma el dicho común– el punto de partida.

En este capítulo, Légaut, al término de su vida, después de haber vivido y haber reflexionado lo suyo, nos ofrece, con setenta años, su punto de partida.

(*) Ver la charla de 1961 en el *Cuaderno de la diáspora* n° 1, y también el capítulo sobre «El otro y el prójimo» de *Trabajo de la fe* (1962) en la web de la AML.